



**FONDO
RICARDO COVARRUBIAS**

Es propiedad.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

**CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.:**

**BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS**

LAS PRIMERAS POESÍAS.
CANTIGA DEL BUEN AMOR.
TROVAS. CANTARES.
ROMANCE MORISCO.
MOZAS, MÚSICAS Y FLORES.
EN PAZ Y EN CALMA.

*Yo sé que siente, Rosa, tu corazón amante
los versos que te canto mientras dormida estás.
¿Qué quieres que te cuente? ¿Qué quieres que te cante?
¿Cuál es de mis canciones la que te gusta más?*

.....

(ZORRILLA, *La siesta.*)

LAS PRIMERAS POESÍAS

(1882-1886)

Á LOS FIELES LECTORES DE MIS LIBROS

Estas son las poesías menos infelices, por su calidad, entre las muchas que di á luz en el tiempo, ya muy lejano, de mi adolescencia.

Por vez primera, aparecen coleccionadas así, para que den principio á este nuevo libro de versos; versos juveniles, en poemas de amor; ingenuos todos, profundamente ingenuos.

Diez y siete, diez y ocho, veinte años contaba yo al escribir estas canciones. Bien lo delatan, á mi juicio, sus candores, sus torpezas, sus arrebatos.

Alguna, la titulada *¿Volverán?*, logró, no sé á punto fijo por qué, singular fortuna. Muchísimos periódicos de España y de América la reprodujeron. Mi venerable maestro D. Eduardo Benot descubrió en ella, en su for-

ma, raras novedades y méritos extraordinarios, á su entender. Y así lo dijo, con frases muy bondadosas, en uno de sus admirables libros, á la vez que publicaba, por su cuenta, la afortunada composición.

Yo entonces le confesé, y aquí reproduzco mis palabras como prueba de la sinceridad que en ellas puse, que jamás escribí versos en mi vida con menos pretensiones y con menos conciencia de lo que hacía. La memoria, que aún me es fiel, me dice, cabalmente, cómo y por qué, lleno de vagas tristezas, en una tarde brumosa de Septiembre, mirando á las olas desde *la Alameda* de Cádiz, fuí componiendo, lápiz en mano, esos versos, que después me han procurado, aquende y allende el mar, tantos y tan buenos amigos.

Ni aun tuve presente á la sazón que, en el fondo, mis estrofas no eran sino una imitación de una celeberrima *rima* de Bécquer.

Después... — ya lo he dicho, — *¿Volverán?* me proporcionó muchos instantes felices. Como el personaje de Molière hablaba en prosa sin saberlo, escribí yo unos versos que eran algo, según Benot, sin otro fin que el de componer una *trova* á una mujer bonita. Conste así. Y á la vez conste que, si he llegado á reconocer la buena suerte de esa poesía, nunca me he convencido de que tenga, realmente, un cierto valor.

Tardes de Abril y Mayo es el proemio de un libro intitulado así, del que no queda ejemplar alguno por vender desde hace muchos años, y del que nunca,

nunca, publicaré nueva edición. Tan desdichadas me parecen casi todas las composiciones con que llegué á formarlas.

Á una desconocida no pasa de ser el capítulo primero de una historia que en él concluyó. *Luz del cielo*, todos los sonetos, el romance *Mis ansias* y *¿Volverán?* corresponden á otra historia un poco más larga, que empezó haciéndome llorar y acabó haciéndome reír.

Reproduzco hoy todas estas canciones con ligerísimas variantes. Si tienen algún atractivo, lo deben, sin duda, á la espontaneidad con que brotaron. Sometidas á correcciones, que hubieran pulido quizá su forma, pero que acaso desvirtuaran su esencia, ¿les hubiera quedado alguno?

¡ELLA!

(1882)

Es su voz un torrente de armonía,
y fulgura en su espléndida mirada,
de sus propios encantos encantada,
la clara luz con que despunta el día.

Al leve junco vence en gallardía.
Y á Venus en beldad. Lloro por nada.
Ríe con el fulgor de la alborada.
Bajó del cielo. Y se llamó María.

¡Vedla sentada! ¡La admirad! ¡Es *ella!*
¡Ved cuán gentil! ¡Entre cojines rojos!
¡Con qué graciosa languidez, tan bella!
¡Con el alma jovial, fuente de amores,
en las negras pupilas de sus ojos!...
¡Cual un rayo de luz!... ¡Entre dos flores!

NUBE DE VERANO

(1882)

¡Ya todo concluyó!... Flores, rüido,
cataratas de luz, ondas de seda,
músicas... ¡Ya pasaron! Sólo queda
un corazón sangriento y un gemido.
Pedazos, ¡ay!, del corazón herido
en las zarzas dejé de la arboleda.
Dime, Misericordia, ¿en dónde rueda
el agua de la fuente del Olvido?
¡Ay!, ¡no puedo olvidar! Tú, desdeñosa,
mi afán desoyes, y vengarme quiero
con más amor, ¡porque eres tan hermosa!
Y pasas á mi lado, y nada abriga
por mí tu corazón. ¡Y nada espero!
Y te digo al pasar: ¡Dios te bendiga!

¿VOLVERÁN?

(1882)

Ya se van acortando las tardes, bien mío.
Ya más pronto las gotas del fresco rocío
descienden al cáliz gentil de la flor.
¡Ay, ya el sol de mis sueños brillantes declina!
Ya muy pronto la negra y audaz golondrina
se irá para siempre. ¡Con ella, mi amor!

¡Cuántas veces, al ver sus bandadas,
entre nubes y mares lanzadas,
girando y siguiendo su errante volar,
he doblado con pena la frente,
pensando y pensando tristísimamente:
¡Huyeron! ¡Huyeron! Mas ¡ay!, ¿volverán?

Cuando el suelo se llene de flores,
y las selvas de alegres rumores,
y los cielos de espléndida luz,
y las almas de loca esperanza,

vendrán, como un sueño de dicha, que avanza,
abiertas las alas, teñidas de azul.

Mas, ¡ay!, que en las playas que vieron su nido
murióse algún ave, de amores y olvido,
y yo, con acento de horrible dolor,
diré sollozando: «¡Parad! Peregrina
golondrina, feliz golondrina,
¿qué fué de tu hermana? ¿Qué fué de mi amor?»

Ya se van acortando las tardes, bien mío.
Ya más pronto las gotas del fresco rocío
descienden al cáliz gentil de la flor.
¡Ya se van deshojando las rosas!
¡Por lo mismo que son tan hermosas
se van para siempre!... ¡Con ellas, mi amor!

Cuántas veces al ver los fulgores
del sol, que sus rayos de ardientes colores
quebraba en las hojas del seco rosal,
he mirado con pena sus flores marchitas,
y he gemido, con ansias de amor infinitas:
¡Huyeron! ¡Huyeron! Mas ¡ay!, ¿volverán?

Cuando el sol ya no brille, con rayos sangrientos,
y lloren las lluvias, y giman los vientos,
cual notas perdidas de un triste laúd
que pulsa un anciano que trémulo marcha,
entre lluvias, y vientos, y escarcha,
morirá, como muere la sombra en la luz.

Cuando torne á lucir Primavera,
si despunta un capullo siquiera,

diré con acento de horrible dolor,
mirando las hojas y el tronco marchito:
«Tu vida fué breve. Mi amor, infinito.
¿Qué fué de tu encanto? ¿Qué fué de mi amor?»

¡Qué hermosa! ¡Qué hermosa! ¿Por qué, vida mía,
no rasgas mis nieblas con rayos del día,
no ahuyentas mis brumas con auras del mar?
Yo soy desgraciado, yo soy peregrino,
y pronto, siguiendo mi largo camino,
á un mundo que ríe me vuelvo á llorar.

¡Qué hermosa! ¡Qué hermosa! Tus ojos se han hecho
con chispas de rayos; tu cándido pecho
con flores del valle, tus labios con miel;
tu voz con arpegios de notas perdidas...
¡Tus ojos parecen estrellas dormidas;
tus labios, las hojas de abierto clavel.

Yo tengo tres astros, que alumbran mi frente;
que animan el ansia, constante y ardiente,
que alienta en mi loco, febril corazón,
sediento de glorias: el Sol, por el día;
la Luna, que rasga la noche sombría;
de noche y de día, ¡por siempre!, mi amor.

Ya se van acortando las tardes, bien mío.
Ya más pronto las gotas del leve rocío
refrescan las flores con lánguido afán.
¡Ya se van estas horas divinas!
Ilusiones de amor... golondrinas...
luces... flores... Mas ¡ay!, ¿volverán?

NOCHE DE INVIERNO

(1882)

Sólo quien sufre á combatir se atreve.
Todo en tinieblas y en dolor reposa.
¡Qué terrible nevar!... Pregunta, hermosa,
al pobre corazón por tanta nieve.

Quizás, durmiendo tú, la Dicha mueve
tus castos sueños de color de rosa.
Así será la noche, caprichosa,
aquí tan larga, ¡pero allí tan breve!

No imagines que ausencias y tormento
trajéronme las noches del olvido.
No. Con la tempestad crece mi aliento.

Soy como el ave que, al sentir herido
de muerte el corazón, se lanza al viento,
y busca al rayo, ¡pero vuelve al nido!

NO LO OLVIDES

(1882)

De pie, mirando la fatal ribera,
las ondas mudas, la corriente helada,
bendigo el resplandor de una alborada
que en espacios distantes reverbera.

Los años volarán en su carrera,
y aguardará mi amor, con fe raigada.
¡Ya veremos al fin de la jornada
quién vive, quién sucumbe y quién espera!

Náufrago, débil, y en peñón desierto,
las glorias sacrifico de mi vida
al afán de mi amor, siempre despierto.

Si al fin me escuchas y á mis rocas vienes,
saldré al paso á decirte : « ¡Bien venida!
¡Tuyo fuí! ¡Tuyo soy! ¡Aquí me tienes!»

LUZ DEL CIELO

(1883)

En estos mismos instantes
en que, tan lejos los dos,
lloro mis cuitas amantes,
tus pensamientos constantes
vuelan y buscan á Dios,

que al brillar en la mañana
la luz que ya se avvicina,
á la voz de la campana,
hará en ti casi divina
tu gran perfección humana.

¿Qué reposo celestial,
libre de sombras y mal,
te hace suyo, dulce dueño,
en las horas de tu sueño
descuidado, virginal?

¡Qué trémula luz, süave,
debe vagar por tu frente!
Bajo velo tan prudente,
¡qué tibio calor del ave,
al anidar impaciente!

En ti, ¡qué hermoso desmayo!
En la luz, ¡qué tenue rayo!
¡Cuánta ilusión de virtud
en tu vida, juventud
que vas por tu mes de Mayo!

Corres al pie del altar
en busca del buen manjar
que es vida salud y amor.
Escúchame, por favor,
que te quiero acompañar.

Lejos de tu influjo blando,
sufriendo el ardiente lloro
que tu amor me está costando,
voy por las calles vagando
y repitiendo: «¡La adoro!»

Por si algún eco, dolido
de tanto inútil gemido,
vuela, y á tu lado muere,
para decirte al oído:
«¡Si vieras cuánto te quiere!»

¡Qué extraño, dime, qué extraño,
que herido en el corazón
con un tan intenso daño,

pidas al Cielo compasión
que alivie mi desengaño?

Nunca me tentó el abismo.
Nunca de Dios renegué,
¡jamás!, con torpe cinismo.
Me inspira tu propia fe.
Me ampara tu Dios. ¡El mismo!

¿Qué importa, pues, que tu acento,
sin escuchar los clamores
de mi loco amor, sediento
de tu amor, como las flores
de las caricias del viento,

quiera, torpe, desunir
el tuyo y mi porvenir,
si el amor á un mismo amante,
en igual hermoso instante
nos tiene que confundir?

¿Oyes, mujer celestial,
mi súplica, mi lamento?...
¿Te duele, por fin, mi mal?
¡Pongamos, así, final
á mi terrible tormento!

Y así, tras tu injusto adiós,
luzca, por gracia del Dios
que sufrió muerte de cruz,
¡un mismo rayo de luz,
que brille para los dos!

MIS ANSIAS

(1884)

Del ave que se refugia
en las sombras de su nido,
y allí solitaria vive,
la suerte feliz envidio.
¡Ah, si mi pena encontrase
algún piadoso retiro
en donde vivir, poniendo
glorias y amor en olvido!

Los destellos de la tarde
que expira ya, fugitivos,
quiebran su luz en las aguas
del gran estanque tranquilo.
Entre las hojas del bosque,
del verde bosque florido,
los céfiros misteriosos
pasan, lanzando suspiros.
Las tempranas rosas tiemblan,

soñando con el rocío,
 y acariciándolas corre
 el arroyo cristalino.
 El lucero de la tarde
 vierte sus rayos purísimos.
 Y él solo brilla en el cielo,
 un cielo de azul sombrío.

Penas de amores me matan.
 Lloro desdenes altivos.
 Sufro por viles engaños.
 ¡Y á tanta pena me rindo!

.....

¡Qué lejos murmura el mundo!
 ¡Qué lejos del mundo vivo!
 ¡La soledad me rodëa!
 ¡Ya, por fin, á nadie miro!
 ¡Ay, si pudiera dormirme
 y no despertar, Dios mío!

PALABRAS DE ADIÓS

(1884)

Disputando á las sombras del olvido
 la luz de la pasión con que te quiero,
 de ti, ya que del triunfo desespero,
 ahogando mis sollozos me despido.

Pues el tiempo y el mundo me han vencido,
 muera mi amor, en canto lastimero.
 ¡Fervientes ansias de mi amor primero,
 qué breves, ¡ay!, qué breves habéis sido!

Y pasarán los años. Y la historia
 de amor tan infeliz, jamás risueña,
 dirá mi amor, diciendo su memoria.

Así, al concurso de asombrada gente,
 el veterano, con orgullo, enseña
 la honrosa cicatriz sobre su frente.

TODAVÍA

(1884)

Mis versos van á ti. Mi amor no olvida
ni tu virtud, jamás, ni tu hermosura.
¡Ay!, para no morirme de amargura
prolongo, más y más, la despedida.

Cuando á tu vida consagré mi vida
fué para ti mi canto de ternura
como los gratos himnos que murmura
á las auras de Abril selva florida.

Hoy, sin fe, sin calor en mis pasiones,
pues saben ya mis locas ilusiones
que en breve morirán, que no las amas,
te dirijo mi voz como el lamento
que va escuchando el implacable viento
al arrancar las hojas de las ramas.

Á UNA DESCONOCIDA

(1885)

Como delgada cuerda que vibra,
como las hojas que mueve el viento,
como las flores que el agua besa,
así, al mirarte, de gozo tiemblo.

Virgen: escucha tú mis plegarias.
Mujer: escucha tú mis deseos.
Tras el encanto de tus encantos,
¡ay!, fatalmente los ojos vuelvo.
Entre las sombras de mi tristeza,
tu imagen vierte claros destellos.
¡Qué hermosa debes tener el alma!
¡Qué satisfecha, si ve tu cuerpo!

No sé tu nombre, mas lo adivino.
No sé tu historia, pero la invento.
Tú sola sabes que yo te adoro.
Yo, solamente, por qué te quiero.

Sé que en tus ojos la luz se engríe.
 Sé que en tu boca duermen los besos.
 Que en tus oídos canta el halago.
 Que la ternura tiembla en tu seno.
 Que, como alondras en nido breve,
 grandes pasiones guarda tu pecho,
 que sólo esperan la luz del alba
 de un sol que sepa dorar tu cielo.
 Sé que es más dulce que el grato arrullo
 de las palomas tu grato acento.
 Sé que á la sombra de tus pestañas
 enamorado te ronda el Sueño.
 Sé más: que sabes que yo te adoro.
 Mas, ¡ay!, no sabes por qué te quiero.

No me lo digas con tus miradas.
 ¡No me lo digas! Guarda el secreto.
 ¡Sé misteriosa! Porque se envuelven
 entre el encanto de los misterios,
 tanto impresionan la tarde vaga,
 la tenue aurora, los leves ecos,
 los leves rayos de las estrellas,
 las flores mustias... ¡y los recuerdos!,
 ¡y las plegarias!, ¡y los sollozos
 entrecortados!... ¡También por eso
 es tan hermosa la luz que llena
 de tantas luces tus ojos negros!

¡Yo sé el enigma de cuanto existe!
 Al adorarte rompí sus velos.
 Dios hizo el alma libre y eterna
 porque es el trono del sentimiento

de los amores, ¡y los amores,
 si son profundos, serán eternos!

Como las flores que al Sol adoran,
 así te adoro: brillas muy lejos.
 Como el aroma que al aire sube,
 así mis voces, y así mis ruegos,
 y así se pierden también, temblando,
 en las distancias y entre los vientos.

Amor es todo lo que te envuelve,
 y amor es todo lo que te ofrezco.
 Vive en las flores que te engalanan
 y que palpitan sobre tu seno.
 Vive en el aire que tú respiras.
 Tímidamente vela tu sueño.
 Cuando despiertas, él es el rayo
 de luz tranquila, de luz del cielo,
 que pone un nimbo, color de rosa,
 ¡para tus sienes! ¡sobre tu lecho!

Luz, flores, auras... ¡Amor es todo!
 ¡Yo te idolatro! ¡Yo te lo ofrezco!

Nota vibrante, lánguida brisa,
 tímido aroma, vago destello,
 por todas partes adonde mires
 yo te persigo, ¡yo te rodéo!
 Si el mundo vano te arrebatara,
 yo seré el rayo que mande el cielo.
 ¡Será terrible, como la Furia!
 ¡Será implacable, como el Despecho!

Si me separa de ti la Muerte,
 seré el amigo fulgor, sereno,
 con que la Luna vendrá á besarte...
 ¡Qué prolongado será su beso!
 ¡Más prolongada será mi angustia,
 si no me quieres como te quiero!

TARDES DE ABRIL Y MAYO

(1886)

I

¡Si vieras tú qué ansioso te aguarda tu canario!
 También sintió la falta de tus amores,
 y, como yo, suspira tan solitario.
 ¡Ay! Á pesar de todo, vuelven las flores,
 y cantan las alondras, los ruiseñores...
 Y tarde ya, más tarde, más tarde cada día,
 sobre los mal cerrados vidrios de aquel balcón,
 sus ráfagas refleja, sus ráfagas envía,
 sus ráfagas de rayos, el moribundo sol.

Ya vuelven, ya, las tardes que el corazón espera;
 dulces como las notas de cánticos dulcísimos
 que llegan desde lejos,
 y á veces melancólicas, lo mismo que un adiós.
 ¡Qué ricas en perfumes! ¡Qué ricas en reflejos!
 ¡Tardes de primavera!
 ¡Que las bendiga Dios!

¡Si vieras tú qué triste, qué solo me has dejado!
 ¡Cómo siento la falta de tus amores!
 Como llora sus cuítas el desterrado.
 ¡Ay! A pesar de todo, vuelven las flores,
 y cantan las alondras, los ruiseñores...
 Los árboles que al soplo del viento se estremecen,
 ¡qué lánguidos al soplo del viento se cimbrean!
 ¡Todos tienen sus nidos,
 y en los nidos amores escondidos,
 que cantan, que gorjéan!
 Los árboles que al soplo del viento se cimbrean
 todos están floridos.
 El campo es un vergel.
 Los ojos que se buscan amantes se desean.
 ¡Y está la tierra ardiente!...
 ¡Y el corazón también!

II

El mundo nos ofrece su fiesta de pasiones.
 Por él tus huellas sigo. Te ocultas y te llamo.
 Buscando compañera ya rugen los leones.
 Las tórtolas, sumisas, acuden al reclamo.
 La sangre impetuosa duplica vuestras gracias.
 El árbol se estremece, coronase de flor.
 Aromas que acarician despiden las acacias.
 ¡El mundo nos ofrece la fiesta del Amor!

Aquí, donde tuvimos un santuario,
 que llenaban de gozos nuestros amores,
 en su jaula gorjéa nuestro canario
 y en los tiestos de China y en los tibores

á torrentes rebosan, ¡mi flor!, las flores.
 Ven, y que al fin concluya tu larga ausencia.
 Ven, y que al fin concluya tu ausencia triste.
 Ven, y rasga las nubes y los celajes
 que entristecen el cielo de mi existencia.
 ¡Ven!... Las cortinas fingen luz misteriosa.
 Como color de rosa tú las quisiste,
 como la luz se filtra por sus encajes,
 ¡tienes todo tu cuarto color de rosa!

¡Ah, pero no! Detente. No te imagines
 que busco en tus caricias grandes amores.
 Busco también los vinos de los festines
 para olvidar, con ellos, tantos dolores.
 Fuera mayor, al verte, la angustia mía.
 No quiero que me arrullen falsas ternezas.
 ¡Déjame con mi sordá melancolía!...
 ¡Con mis resignaciones!... ¡Con mis tristezas!...
 Sé que concluyen.
 Las sombras de las noches
 más largas huyen.

Mas, hoy, cuando padezco desdenes que mancillan;
 hoy, cuando sufro penas que agravian y que humillan,
 desdeño los ardores, ¡al fin!, de tu pasión;
 ¡débiles fuegos fatuos, que por las noches brillan
 sobre la sepultura del verdadero amor!

III

Tornas, por fin, espléndida, florida,
 Primavera jovial, dulce consuelo
 de las almas que sufren. ¡Bien venida!

Tú, que difundes por el vasto cielo
 tanta luz, de tan vívidos colores;
 mientras brotan, por ti, con el anhelo
 de vivir en tu luz, miles de flores.
 Tú, la enemiga de las grandes penas;
 la diosa alegre que al placer convida;
 tú, que á la par deslumbras y enajenas,
 é infundes en la sangre de las venas
 los estímulos nuevos de la vida.
 Vuelves, y al corazón la confianza
 de su placer y de su paz perdida.
 ¡Primavera feliz, yo te bendigo,
 porque tú simbolizas la esperanza,
 y mi esperanza morirá conmigo!

Vuelven tus largas tardes, tan hermosas,
 los cielos, al morir, iluminando
 con el matiz precioso de tus rosas.
 Vuelven tus auras, de murmullo blando,
 perfumadas, ligeras, cariñosas...
 Vuelven llenas de lánguidas canciones.
 Todo torna á vivir. ¡Ay! Pero, ¿cuándo
 tornarán á vivir mis ilusiones?

Yo sólo sé que volverán. Lo dice
 tu dulce voz; tu voz que me asegura
 cien veces, otras cien, que no me engañas.
 Y la voz de mis penas, que bendice,
 de todo corazón, á la perjura
 que está despedazando mis entrañas.
 Yo sé que volverán, como tú sabes
 que al volver, en tus meses bendecidos,
 sus viejos nidos hallarán las aves,

si el buen cuidado protegió sus nidos.
 Y yo, que supe hacer de la nobleza
 numen de mis afanes y pasiones,
 guardé mi corazón de la impureza,
 del odio vil y de la vil flaqueza,
 ¡para volver á henchirlo de ilusiones!
 Tú las despertarás. Tú, que devuelves
 flores al campo, y esplendor al cielo,
 y esperanzas hermosas á la vida.
 ¡Primavera jovial, dulce consuelo
 de las almas que sufren! ¡Bien venida!

IV

Y vuelvo á ti los ojos; á ti, mujer amada,
 la del airoso talle y el rostro angelical;
 la del cristiano espíritu. Á ti, la consagrada
 por todos mis recuerdos, la dulce, la idéal.
 Á ti, que de las muchas y espléndidas mujeres
 que al recorrer el mundo mi vista contempló,
 si no la más hermosa, la de mis sueños eres.
 Á ti, que no quisiste matar mi corazón.

¿Quién sabe si algún día, tras muchos lentos años...
 quién sabe si algún día, cuando me encuentres tú,
 y al fin nos confesemos los mutuos desengaños
 de tantas breves horas de amor y de inquietud;
 allá, cuando miremos que nuestra edad florida
 tras brumas pertinaces del horizonte huyó,
 como el marino llora la playa preferida
 que el mar con gruesas olas, innúmeras, borró,
 quién sabe si al abrirse mi loco pensamiento

al peregrino influjo de tu radiante luz,
quién sabe si lograra mi tembloroso acento
decirte que te adoro... ¡con tanta gratitud!

Mas, no; que ya no inspiras en mí pasión alguna.
Pasaron los delirios de mi primer amor.
Esmaltas mis recuerdos como con luz de luna.
Ya no con los destellos magníficos del Sol.
Ya vienen las memorias de mi pasado anhelo
con misterioso encanto mis penas á arrullar,
como las que oye el alma, las músicas del cielo...
¡de un cielo que ya sabe que nunca logrará!

Fué mi pasión primera noble pasión de niño.
Cariños é ilusiones buscaba con mi amor.
¡Cómo volver en busca de mi primer cariño,
si ya para lograrlo me falta la ilusión?
Mas hoy, cuando me hieren tan negros desengaños,
y me abandonan goces que nunca volverán;
después de tantas penas, que en tan siniestros años
me hirieron y me hirieron, sin tregua, sin piedad;
en este grán quebranto de mi pasión vencida,
en estas largas horas de fúnebre dolor,
á ti mis ojos vuelvo con alma conmovida;
á ti, que no quisiste matar mi corazón.
Y en ti no busco amores, en ti no busco halagos,
que busco tu recuerdo como templada luz
que alumbre, cariñosa, los múltiples estragos
de tantas ilusiones, en tanta juventud.

Ya vuelven, ya, las tardes que el corazón espera;
dulces como las notas de cánticos bellísimos
que vienen desde lejos,

y á veces melancólicas, lo mismo que un adiós.
¡Qué ricas en perfumes, qué ricas en reflejos!
¡Tardes de primavera!
¡Que las bendiga Dios!

¡Ay! Á pesar de todo, vuelven las flores,
y cantan las alondras, los ruiseñores...

Extínganse los ayes de mi pesar profundo.
¡Bendita quien me hiere, bendita siempre sea!
¡El mundo nos aguarda? ¡Lancémonos al mundo!
¡Prosiga la pelëa!
Mi espíritu se lanza,
sediento de combates, ganoso de triunfar.
¡La juventud, que tiene derecho á la esperanza,
tiene el deber honroso de no desesperar!
¡Si el rayo nos alumbra, busquemos la tormenta!
¡Arriba el corazón!
¡La juventud me salva, porque la fe me alienta.
La fe mayor de todas! ¡¡La fe que tengo en Dios!!